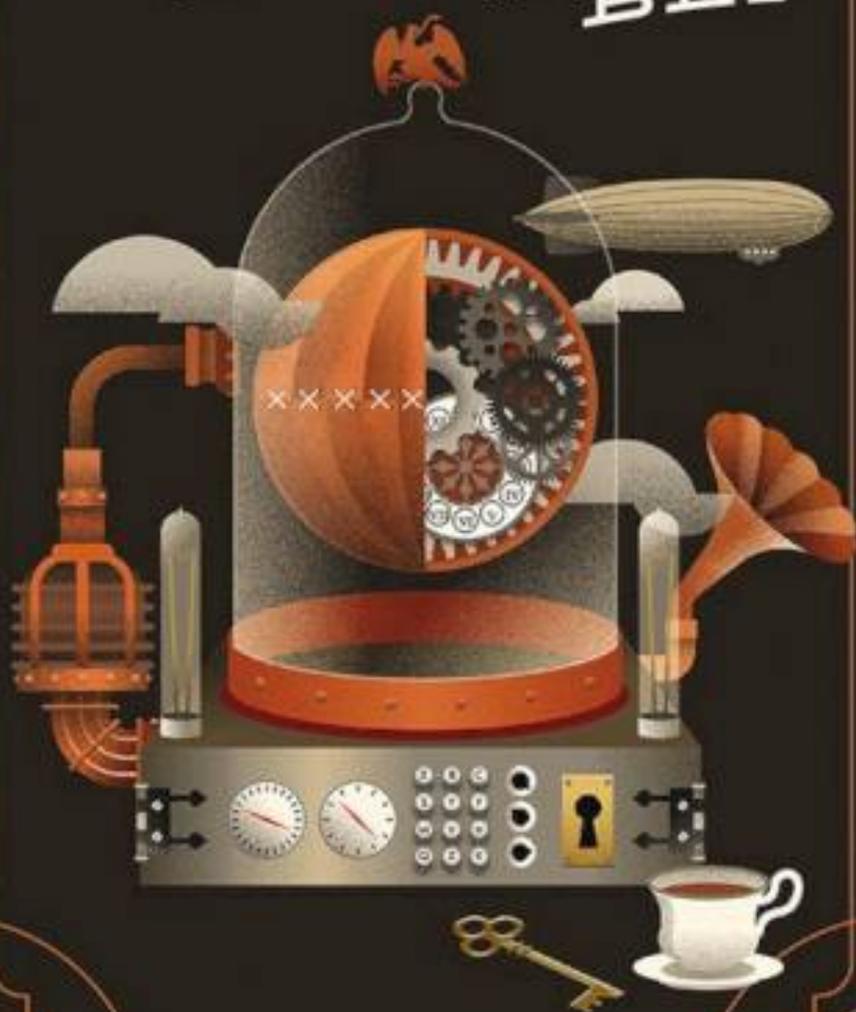


ESCENARIOS para el **FIN del MUNDO**

RELATOS REUNIDOS
BERNARDO FERNÁNDEZ
BEF



Antología personal de uno de los narradores más sorprendentes de su generación.

En esta reunión de relatos que abarcan toda su carrera, Bef se asoma a la imaginación, la ciencia ficción y la ficción especulativa para invitarnos a entrar en las orillas que separan la realidad de nuestros miedos. Desde los apocalipsis que dejan al mundo despoblado hasta la invasión de animales salvajes y extraterrestres, pasando por el regreso a nuestros tiempos de algunas figuras históricas inquietantes, las historias aquí contadas retratan con fineza y sentido crítico la vida contemporánea llevada a sus últimas consecuencias.

*Para María. A tu lado, este futuro es
mucho más luminoso.*

PREÁMBULO

SIETE ESCENARIOS PARA EL FIN DEL MUNDO Y UN FINAL FINAL

*¿Pasará el tiempo cuando no
queden manos humanas que
den cuerda a los relojes?*

HOWARD KOCH

1

El efecto invernadero produce cambios climáticos importantes. Paulatinamente las temperaturas veraniegas comienzan a elevarse año tras año, mientras que los inviernos son cada vez más tibios. Los climas tropicales difunden su influencia alrededor de la línea del Ecuador. El agujero de la ozonosfera se ensancha, dando paso a peligrosas radiaciones solares que causan cáncer cutáneo. Pronto, la exposición al sol produce quemaduras de segundo y tercer grados. Las cosechas son arrasadas por el calor, las zonas rurales arden. Las ciudades pequeñas perecen mientras que en las grandes metrópolis la gente intenta refugiarse en alcantarillas, en túneles del metro y en sótanos. Sólo quedan las comidas enlatadas, que primero se convierten en moneda corriente, después en preciados bienes por los que la gente mata. Cuando las reservas enlatadas se agotan, comien-

za el canibalismo entre los humanos. Las nulas condiciones sanitarias acaban con los sobrevivientes subterráneos. El planeta queda a disposición de las cucarachas, que se alimentan de los escasos restos orgánicos. Mueren cuando el calor evapora toda el agua del planeta.

2

Una pequeña mutación, el cambio de posición de un par de genes del virus del sida, permite que éste sea transmitido por los piquetes de mosquitos. La comunidad científica tarda varios meses en percatarse de esta forma de contagio. Para cuando se dan cuenta, la epidemia se ha extendido exponencialmente. Las regiones más afectadas son los trópicos, pero en poco tiempo no hay zona libre de mosquitos portadores. El número de enfermos rebasa por millones de veces la capacidad de los hospitales. Un simple catarro deja ciudades enteras sembradas de cadáveres. Las fronteras se cierran. En los países industrializados se desata una paranoia que lleva a la gente a vestir trajes de látex. Para entonces ya es tarde: el virus es transmisible a través de la saliva y el sudor.

3

Un meteorito choca contra la Tierra bla bla bla el impacto es superior a varias detonaciones nucleares bla bla bla grandes regiones son borradas del mapa bla bla bla una nube de polvo cubre al planeta bla bla bla la vida vegetal desaparece bla bla bla los humanos se extinguen bla bla bla sólo quedan organismos pequeños bla bla bla después de millones de años una nueva especie domina la Tierra bla bla bla los humanos nos convertimos en dinosaurios para los conejos.

4

El choque de placas tectónicas desata terremotos, erupciones volcánicas y maremotos. Grandes extensiones de tierra firme se hundén mientras territorios previamente submarinos salen a la superficie. Hawái, Japón y las Filipinas desaparecen. Las embarcaciones que se hallan en altamar son tragadas por la mar picada. El daño al ecosistema es incalculable. Las muertes en las zonas volcánicas se elevan a millones. Durante varios meses el cielo se tiñe de rojo por las erupciones en cadena. Las faldas de los volcanes se transforman en lagos de lava, y las proximidades quedan sepultadas bajo toneladas de ceniza. Terremotos de más de nueve grados en la escala de Richter azotan las zonas sísmicas del planeta, reduciendo a escombros ciudades enteras. El calentamiento del aire provoca torbellinos y ciclones devastadores. Escasean el agua y los alimentos. La humanidad regresa a una virtual edad de piedra.

5

Un desgaste climático licua los polos. El mar eleva su nivel quince metros. Desaparecen las ciudades costeras. El consecuente aumento de la temperatura oceánica mata a ochenta por ciento de sus habitantes. Sus cadáveres convierten el mar en una sopa putrefacta que envenena los grandes lagos y los mantos acuíferos continentales. La sed arrasa con noventa por ciento de la población humana. Algunos sobrevivientes, refugiados en instalaciones militares o búnkers especiales, se sientan a ver cómo se agotan sus reservas de agua dulce, lo que determina su tiempo de vida. Mientras los pocos seres humanos que quedan vivos beben sus orines y pelean por el agua, los restos de la masa continental se convierten en una gran selva en la que el sol jamás se pone. Sólo algunas especies de lagartos e in-

sectos atestiguan la desaparición de los hombres para después desaparecer también. El planeta ha regresado a un periodo similar al Precámbrico. La forma de vida dominante son las bacterias, que llenan los mares. Quizá nuevas formas de vida inteligente puedan evolucionar a partir de esta sopa primigenia. Quizá no.

6

Un renacimiento del nacionalismo radical se apodera del este de Europa y la Confederación de Repúblicas Independientes. Se inicia una serie de guerras intestinas. Mientras tanto, en América, los separatistas canadienses del Quebec declaran la guerra a la Commonwealth, empezando una sangrienta campaña terrorista contra los anglocanadienses. En el norte de África se desatan revoluciones provocadas por el hambre. América del Sur no se sustrae al frenesí belicoso: Perú y Ecuador comienzan una sangrienta conflagración territorial. Argentina invade una vez más las Islas Malvinas. Inglaterra, apoyada por la Otan y la Unión Europea, responde a la agresión. Brasil respalda a Argentina. El fuego cruza el Atlántico. En Colombia, Venezuela y México movimientos guerrilleros locales buscan destituir a sus respectivos gobiernos, acusados de ilegítimos y asesinos. Estados Unidos se mantiene al margen de todos los conflictos debido a que el derrumbe bursátil radicaliza los movimientos negro y latino, que se organizan en células terroristas que atacan sistemáticamente a las comunidades blancas. Cuando Pakistán invade la India, ésta responde con fuego nuclear. El viejo sistema satelital *Guerra de las galaxias* detecta la agresión e inicia, como se le programó, un ataque a Rusia, cuyos sistemas de defensa corresponden al ataque automáticamente. En unas horas la cultura humana queda reducida a cenizas humeantes. Sólo sobreviven seis astro-

nautas que ven arder la Tierra desde la estación espacial *Mir*.

7

Esporas espaciales caen a la Tierra disfrazadas de una inocente lluvia de estrellas. Se trata de hongos inteligentes que sin tardanza comienzan a parasitar cuanto organismo humano encuentran. Su aspecto es el de una desagradable enfermedad cutánea similar a la lepra, que levanta ampulas verdes, las cuales, al reventar, despiden un olor nauseabundo. Por más que se busca la manera de erradicar a los invasores, sólo se encuentra la amputación de la zona afectada. Pronto se descubre que los hongos desarrollan sociedades complejas sobre la piel de sus huéspedes. Hay quien afirma haberlos oído cantar. Los parásitos aprenden pronto a alimentarse de otros organismos y caen sobre todo tipo de seres vivientes. En poco tiempo no queda ser vivo que no sea atacado por la micosis cósmica. Los últimos humanos alcanzan a ver cómo los hongos, ante la escasez de material orgánico, se empiezan a alimentar con plástico, metal y concreto.

8

El Sol se convierte en una supernova.
La Tierra muere aullando.

I

LAS ÚLTIMAS HORAS DE LOS ÚLTIMOS DÍAS

Earth died screaming...

TOM WAITS

La gasolina se acabó apenas pasamos la esquina de Reforma y Bucareli. La moto pareció tener un ataque de tos y luego se apagó. Nada más. Wok mentó madres, intentó volverla a arrancar como si estuviera descompuesta; la pateó furioso, negándose a aceptar que se había terminado nuestro boleto.

—Pinche Aída, ¿de qué te ríes? —me dijo, mitad enojado, mitad divertido. Yo siempre me estoy riendo.

Dejamos la moto a los pies del *Caballito* de Sebastián. Antes era una escultura amarillo brillante; ahora es una mole herrumbrosa que obstruye Reforma, como casi todas las demás estatuas que habíamos estado jugando a esquivar desde que nos encontramos la moto.

Sin decir palabra, Wok trepó por el cadáver del monumento. Buscó desde arriba algún otro auto o vehículo que pudiéramos robarnos. U ordeñarle gasolina.

—Nada —murmuró desde su puesto de vigía.

A lo lejos se oían algunas explosiones, ya muy pocas.

—A caminar, mi reina —me dijo al bajar.

Llevábamos las patinetas colgadas entre los tirantes de las mochilas, y dentro de éstas, todo lo que nos quedaba

de antes del colapso. No era mucho ni muy pesado, pero íbamos a extrañar la moto.

Teníamos unas dos horas de luz. Buscamos entre los edificios alguno que no se viera muy dañado. Los mejores ya estaban ocupados. Finalmente encontramos un hotel que parecía seguro.

Dentro estaba arrasado. Las alfombras y el tapiz habían sido arrancados, no sé si como vandalismo o rapiña. Como siempre, nadie había subido a los pisos superiores por flojera de las escaleras. Wok y yo no hablamos, temiendo que hubiera alguien más. Al final, el edificio resultó estar vacío.

Encontramos cuartos intactos en los últimos pisos.

—Qué raro —dijo Wok.

Ocupamos una habitación que daba a la calle. Ya había anochecido. Todo estaba oscuro, ni siquiera se veían las fogatas que a veces brillaban en los edificios.

Nos sentimos muy solos.

Descubrí que había agua caliente corriendo por la tubería. No lo pensé y tomé un baño. Hacía mucho que no me daba ese lujo. Wok se me unió al poco tiempo, después de atrancar la puerta. Yo tallaba su espalda tatuada mientras él jugaba con los anillos de mis pezones. Pensábamos que el agua se terminaría en poco tiempo. No fue así. Cuando eyaculó entre mis manos enjabonadas el chorro seguía cayendo.

—No lo entiendo —dijo mientras nos secábamos con las toallas que encontramos—, aquí todo está tan... bien.

Yo me reí.

—Eres un bobito paranoico. Gózalo y ya.

—Es que no es normal. Si yo hubiera estado aquí desde el principio, no me iría. Lo defendería.

—A la mejor se cansaron de esperar el Chingadazo. Como todo el mundo.

Wok no contestó. Nos quedamos viendo por la ventana hacia la oscuridad que nos ofrecía Reforma. Luego nos dormimos.

El llanto de Wok me despertó. Se revolvía entre las sábanas, las primeras sábanas limpias en las que habíamos dormido en semanas. Su sueño, como siempre, era intranquilo. Al final se levantó gritando. Estaba cubierto de sudor.

—Calma. Todo bien —dije.

—Es... la pesadilla. La puta pesadilla.

—Eso pensé.

Hundió su rostro entre mis rodillas, sollozando. Murmuraba algo que no podía entender.

—¿Qué?

—El Chingadazo. Ya viene. Está cerca, lo puedo sentir.

Me reí.

—No es chistoso, Aída. Ahora sí ya valió madres. Se acabó el mundo.

Volví a reír. Dije:

—Se ha estado acabando hace meses. Y no pasa nada. No tendría por qué pasar ahora mismo.

La pesadilla había empezado a atormentar en masa a los niños pequeños. Decían sentir el dolor de millones de personas a punto de morir, aunque eran incapaces de recordar ninguna imagen. Después lo empezaron a soñar más personas: adolescentes, ancianos. Pronto se convirtió en una señal más de la llegada del fin. Yo no recordaba haberlo soñado. Nunca recuerdo mis sueños.

Abracé a Wok, que se acurrucó en mis brazos. En poco tiempo volvió a quedarse dormido.

Nos despertó el ruido de una procesión que marchaba hacia el norte por Reforma. Me imagino que irían hacia el cerro del Tepeyac. Desde que se supo lo del meteorito, la Vi-

lla se había convertido en el destino obligado de los miles de sectas surgidos ante la desesperación del final.

Cuidando no ser vistos, nos asomamos a la ventana para verlos pasar. Eran miles, todos sufrían las consecuencias de una larga peregrinación. Sentí pena por ellos. Wok los observaba en silencio.

Al frente, cuatro sujetos llevaban cargando un trono en el que su profeta hablaba por un altavoz recogido de la basura. Lo reconocí inmediatamente, era Rodrigo D'Alba, un presentador de espectáculos de la televisión. Ahora vestía una túnica. Se había dejado crecer el cabello pero era inconfundible.

—Uno más que resuelve su vida —dijo Wok, quedito. Muchos actores y cantantes habían creado sectas así. Cuando el último de la caravana salió de nuestro ángulo de visión, Wok se levantó para decir:

—Bueno, vamos a buscar algo para desayunar.

Encontramos que en la cocina del hotel había una despensa bastante bien surtida, lo que aumentó la paranoia de Wok («Todo está demasiado bien, demasiado bien, carajo», repetía como un mantra). A mí sólo me dio hambre. Al final cocinó unos huevos foo-yong con camarones. Wok es medio chino, y cuando hay con qué cocina muy bien.

Comimos en silencio; él, temiendo que el olor atrajera a alguien indeseable. Estábamos hambrientos. Cuando acabamos, salimos para recuperar la moto. Lo que quedara de ella.

Afuera todo se sentía muy tranquilo; ya no se oían explosiones. Todos pensaban que la ciudad abandonada se convertiría en un campo de batalla. En realidad fue peor.

Ahora parecía que todo el mundo se cuidaba de no toparse con nadie. Con bastante éxito.

No quedaba nada de la moto. Algunos chatarreros debieron levantarla por la noche. Había sido bonito mientras du-

ró.

Wok volteó hacia el cielo. En lo alto, el meteorito se veía como un puntito brillante, apenas del tamaño de un pixel. Nadie se imaginaría que iba a acabar con nuestro planeta.

—¿Crees que el Chingadazo tarde mucho todavía?

—No sé. Supuestamente deberíamos estar muertos.

—¿Cómo sabes?

Abrí una de las bolsas de mi mochila para mostrarle mi reloj de cuarzo. Lo tenía desde antes de que todo se derrumbara. Gracias al reloj no había perdido la noción de los días, como casi todos los demás. Con un poco de suerte la pila duraría hasta el impacto. Quizás un poco más.

—Ya tendría que haber sucedido –le informé–; algo falló. Hace dos semanas que estamos viviendo tiempo extra.

Wok no contestó. Abandonamos el lugar.

Sobre Reforma encontramos un hombre mayor vestido de traje en la parada del camión. Parecía ir desarmado, aunque nunca se sabía. Wok sacó su navaja de resorte; yo, mis chacos. Nos acercamos.

—Buenas –saludó Wok.

—Buenas tardes –contestó el hombre. Era un anciano.

Su ropa era vieja; aunque parecía bastante usada, iba impecable, con la camisa planchada y la corbata perfectamente anudada.

—¿Espera a alguien? –pregunté, por romper el silencio.

—No, señorita, sucede que no pasa mi camión.

Wok se rio. A mí, por primera vez en mucho tiempo, la situación no me pareció chistosa.

—¿Está loco? No ha pasado un solo camión hace meses. No va a pasar.

El hombre encaró a mi novio con total seriedad.

—Jovencito, eso no es pretexto.

—¡...!

—Pretexto... ¿para qué? –pregunté.

—Para no ir a trabajar, por supuesto.